

## Reseña de *La modernidad a prueba perpetua*

*Modernity on Endless Trial*, by Leszek Kolakowski (Chicago: University of Chicago Press, 1990) vii, 261 pages.

El fracaso de la era moderna es generalmente reconocido. Lo que fue exactamente, y cómo fracasó, es muy discutido. La mayoría de los escritores tienen en mente algo que creen que debería sustituir a la modernidad. Quien está a favor, por ejemplo, del socialismo internacional, está interesado en mostrar que los defectos del modernismo que produjeron su disolución son justo los que la alternativa favorecida corregirá. Sólo unos pocos marxistas (para quienes el "posmodernismo" es una herejía) han desafiado directamente este entusiasmo posmoderno. Proliferan los libros y los ensayos que designan el tema o la idea clave que hizo moderna a la era moderna. Lo que es lo mismo, se debate sobre el punto en el que Occidente dio un giro en falso que condujo al callejón sin salida moderno. ¿Fue Hegel? ¿El Renacimiento? El historiador Stephen Toulmin culpa a Descartes. En su campo más restringido de la filosofía de la religión, la "Epistemología Reformada" del Calvin College ha echado la culpa a John Locke. El debate parece seguir intensificándose y extendiéndose a más disciplinas.

Kolakowski, un filósofo polaco asociado a la Universidad de Oxford y a la Universidad de Chicago, escribe sobre este tema como alguien consciente de una civilización cristiana en su pasado, una civilización que parece haber encallado. Escribe criticando la incapacidad moderna de ofrecer un sustituto viable del cristianismo. El malestar con el culto a la razón y sus efectos es prominente en el ensayo del título. Los lamentos de los entendidos contemporáneos sobre la disolución provocada por el ácido de la secularización recuerdan, señala, a las advertencias escuchadas desde los púlpitos ordinarios durante tres siglos.

Los ensayos de Kolakowski, escritos entre 1973 y 1986, preceden al momento álgido de este debate y son probablemente demasiado profundos, cuerdos y, sobre todo, demasiado preocupados por cuestiones duraderas como para satisfacer a los posmodernos. De hecho, se muestra escéptico ante el debate.

Al no tener una idea clara de lo que es la *modernidad*, últimamente se ha intentado huir de la cuestión hablando de la *posmodernidad*... No sé qué es la posmodernidad ni en qué se diferencia de la premodernidad, ni creo que deba saberlo. ¿Y qué puede venir después de lo posmoderno? ¿Lo posposmoderno, lo neopostmoderno, lo neoantimoderno? Cuando dejamos de lado las etiquetas, la verdadera pregunta sigue siendo: ¿Por qué se siente tanto el malestar asociado a la experiencia de la modernidad, y dónde están las fuentes de los aspectos de la modernidad que hacen que este malestar sea especialmente doloroso? (p. 6)

Pero la pregunta no puede evitarse; Kolakowski culpa a la mecánica racionalista de Descartes como un instigador clave, y señala a Nietzsche como el que finalmente rompió las ilusiones que permitieron que los valores tradicionales coexistieran durante tanto tiempo con la modernidad.

A Kolakowski le parece que "la ortodoxia explícita sigue consistiendo en poner parches. Intentamos afirmar nuestra modernidad, pero escapando de sus efectos mediante diversos artificios intelectuales, para convencernos de que se puede restaurar o recuperar el sentido al margen del legado religioso tradicional de la humanidad..." A causa de su artificialidad, tiene poco en cuenta las perspectivas de tales intentos. "Hay algo alarmantemente desesperado en los intelectuales que no tienen apego, fe o lealtad religiosa propiamente dicha y que insisten en el insustituible papel

educativo y moral de la religión en nuestro mundo..." Esta mentalidad manipuladora expresa las tensiones de la modernidad en lugar de curarlas.

En "Buscando a los bárbaros" explora el problema del homenaje occidental hacia otras culturas. ¿Significa esto que no podemos valorar la nuestra? Más aún: "hemos conseguido asimilar el tipo de universalismo que se niega a emitir juicios de valor sobre las diferentes civilizaciones, proclamando su igualdad intrínseca; por otro lado, al afirmar esta igualdad también afirmamos la exclusividad y la intolerancia de cada cultura, las mismas cosas que pretendemos haber superado al hacer esa misma afirmación". La disciplina que más claramente encarna esa ambigüedad es la antropología. La actitud del antropólogo o su "espíritu de investigación" no es en absoluto compartida ni valorada por las culturas que estudia.

Un europeo que dice que todas las culturas son iguales no suele decir que le gustaría que le cortaran la mano si le pillan falsificando sus formularios fiscales... Decir, en tal caso, "Esta es la ley del Corán, y debemos respetar las tradiciones distintas de las nuestras" equivale esencialmente a decir "Eso sería terrible si ocurriera aquí, pero para esos salvajes es lo correcto". (p. 21)

Dificultades similares surgen al intentar asimilar todos los aspectos del patrimonio cultural mundial o incluso europeo.

A este respecto, Kolakowski reitera un tema importante de estos ensayos. El cambio histórico ha generado nuevas formas culturales que no pueden coexistir con elementos continuos de las más antiguas. Europa encontró en el cristianismo el equilibrio que necesitaba para el desarrollo científico y cultural, pero la tradición humanista que surgió, una vez liberada del cristianismo, parece autodestruirse. Por ejemplo:

La teoría de los derechos inalienables del hombre se desarrolló a partir de la idea cristiana de la persona como valor inmutable. También esta teoría se impuso a pesar de la resistencia de la Iglesia; y más tarde, cuando sus diversos imperativos resultaron menos que perfectamente compatibles, y la idea del Estado como distribuidor de todos los bienes materiales y espirituales prevaleció sobre la idea de los derechos inviolables de las personas, se volvió contra sí misma. Así, los derechos del hombre se convirtieron en el derecho del Estado a poseer al hombre, y se sentaron las bases de la idea del totalitarismo. (pp. 29-31)

Al final del ensayo, Kolakowski llega a la conciencia de la limitación, y al antiutopismo como valor duradero y universal de la civilización europea. La Europa cristiana, piensa, logró una especie de equilibrio, especialmente entre el rechazo ascético del mundo y el abrazo panteísta de todo lo que hay en él. Pero ha generado movimientos que destruyen el equilibrio. La Reforma destruyó las barreras medievales al racionalismo, dando lugar a la Ilustración, que degeneró en una deificación del hombre y la naturaleza. A partir de este colapso se busca a tientas el restablecimiento del equilibrio.

Los veintitrés ensayos están organizados en secciones: *I Sobre la modernidad, la barbarie y los intelectuales*, *II Sobre los dilemas del legado cristiano*, *III Sobre los liberales, los revolucionarios y los utópicos*, y *IV Sobre las teorías científicas* (estas últimas son inteligentemente humorísticas). No podemos analizar cada uno de los ensayos, pero sí señalar brevemente 6. "La perdurable necesidad psicológica y social de alguna forma de valores religiosos," 11. "Un estudio de la naturaleza de la conversión religiosa." Algunos de los títulos de los ensayos hablan por sí mismos: 3. "Los

intelectuales: En la fiera de Dios, ¿son necesarios?" 7. "Sobre la llamada crisis del cristianismo", 13. "La idolatría de la política", 18. "La revolución—una bella enfermedad".

El ensayo más importante es "El autoenvenenamiento de la sociedad abierta", un examen de la debilidad inherente al pluralismo moderno, "el proceso por el que la extensión y la aplicación coherente de los principios liberales los transforma en su antítesis". El Estado del bienestar surge cuando hay que proteger a los débiles o desfavorecidos frente a los más fuertes, pero un mercado libre implica competencia. Por lo tanto, un estado de bienestar plenamente instanciado tiene como resultado la supresión del mercado, es decir, la supresión de los derechos de disposición de la propiedad. También la sociedad abierta donde no hay coerción en las creencias o valores se convierte en una sociedad sin valores ya que los valores implícitos en la sociedad tolerante no son en absoluto obvios o naturales. Pero debe haber alguna educación moral, alguna coerción, alguna tradición impuesta para mantener la sociedad. Así, las instituciones de la ley y la educación que permiten que la sociedad funcione son el objetivo de sus enemigos utilizando los valores de apertura, tolerancia y desestabilización de la autoridad de la Sociedad Abierta.

Kolakowski sigue en cierto modo su propia herencia al ofrecer una lectura romana de la historia cultural. Desde ese punto de vista, la Reforma se ve como una ruptura humanista con el consenso de siempre, haciendo hincapié en la libertad de la conciencia individual. Calvino "al oponer su profundo conservadurismo bíblico a la altanería de la escolástica... sólo dejó a las generaciones futuras la misma razón secular que él había condenado tan enérgicamente. A pesar de sus intenciones, creó así un ambiente intelectual que pronto nutrió a los defensores de la religión natural y a los deístas." Pero Kolakowski se equivoca en su historia. El escolasticismo se había derrumbado y la desintegración estaba en marcha desde hacía casi dos siglos con la Reforma. Es parte de la causa de la Reforma, ciertamente no el resultado. Lo que se puede poner en contra del relato de los reformadores es su conservadurismo filosófico (no el bíblico), que compartían con sus oponentes del lado romano, y que mantenía a la teología fuera de contacto con los cambios de la filosofía y la ciencia.

Es cierto que algunos librepensadores del siglo XVII, escépticos del siglo XVIII y liberales teológicos del siglo XIX han reivindicado el espíritu de la Reforma como propio, pero miraban al pasado y la brecha histórica que esto abría revelaba cambios evidentes, que suponían desencadenados por la Reforma. Otros, menos dispuestos a dar crédito a la religión, tratarían de imputar las condiciones alteradas al Renacimiento. Pero lo que estas figuras tenían en común era la ignorancia de la historia, más allá de las grandes líneas de lo que consideraban como épocas. Estamos hablando de la invención ilustrada de la Edad Media, de la interpretación whig de la Historia, etc.

Kolakowski también se siente atraído por elementos de la Ilustración, y por el absolutismo ético del racionalismo, que precedió al historicismo tan útil para los totalitarios, pero no encuentra mejor fundamento que su utilidad para las sociedades libres.

Kolakowski nos ofrece las reflexiones de un filósofo que lucha con los diversos y conflictivos elementos de su herencia e intenta ver más allá de la oscuridad actual. Libres del autoengaño que caracteriza al liberal norteamericano, son alternativas frescas a la tarifa intelectual común. Este libro es literatura. Merece ser leído por sus ejemplos del arte del ensayo, insuficientemente practicado por los escritores estadounidenses. Además, en la mayoría de las páginas, el lector encontrará comentarios profundos sobre temas ignorados o malinterpretados por la intelectualidad liberal. Kolakowski es consciente de que el calvinismo y la teocracia constituyen al menos opciones

teóricas, aunque no le gusten. Por ello, muestra una mejor comprensión de las cuestiones de la modernidad y puede situarlas en una perspectiva más clara que toda la tribu de los posmodernos.

Por supuesto, queremos más que esto. El diagnóstico debería preceder a una prescripción de tratamiento, y es aquí donde la "visión del mundo y de la vida" reformada debería trascender a Kolakowski. Una lección que hay que aprender del debate sobre el posmodernismo es que el diagnóstico y la prescripción son inseparables, y normalmente es también la alternativa deseada la que determina cómo se identifica el problema. Esto es cierto en todo el espectro ideológico. Pero además, críticos que afirman los mismos credos teológicos hacen un diagnóstico diferente de los problemas de la modernidad, y no por diferencias en su investigación histórica empírica. Tienen cosmovisiones diferentes que no son abordadas por los credos, mostrando un agujero en las formas en que el cristianismo de hace siglos definía la fe. Lamentablemente, la mayoría de los intelectuales que operan bajo la bandera reformada ofrecen un liberalismo "yo también" que se queda muy lejos incluso de las reflexiones de Kolakowski, incluso teniendo en cuenta su profunda sospecha del calvinismo.

Pero quizá la modernidad no sea del todo mala. Tal vez hay una vasta acumulación de conceptos culturales muy malos que necesitan ser desacreditados y limpiados, pero nadie lo haría antes de que llegara la modernidad. Y tal vez hasta que los conservadores se den cuenta de cuáles son las cosas malas para conservar y aprendan a desprenderse de ellas, la crisis de la modernidad continuará. Somos nosotros quienes la modernidad somete a un juicio perpetuo.